

# Abrir el camino

Erec Liam

Image not found.

# Capítulo 1

De pronto, fue consciente de que existía, al escuchar unas palabras pronunciadas en una voz grave, ronca, casi antinatural:

**-YO SOY EL QUE ABRE EL CAMINO.**

Estaba de pie, en una habitación. Un comedor. Delante suyo, una mesa. No recordaba nada. De las paredes colgaban pinturas, escenas de caza en la naturaleza. Encima de la mesa, una figura corpulenta e inmóvil teñía de rojo la madera. Llevaba puesto algún tipo de uniforme de guardia o policía.

Rodeándole había tres personas, vestidas con monos grises. Justo en frente, un hombre de mediana edad, sin afeitar y con los ojos demacrados, lucía una placa en la que se leía "Llorens, Santiago. Centro penitenciario de rehabilitación psiquiátrica". Su mirada era una mezcla de perplejidad y nerviosismo, salpicada con un brillo de inquina. La mano le relampagueó hacia su bolsillo derecho, sin conseguir esconder el ángulo del arma de fuego que asomaba en él.

Los otros dos tenían placas similares, pero de diferente nombre. A la izquierda, a uno de ellos se le marcaban las venas en un cuello de toro, en tensión. Rondando los cuarenta, la visión de sus anchas espaldas y su ojo medio cerrado transmitía un gruñido ronco y violento, incluso estando en silencio. Y a su diestra, un tal Marcelo Alberti, delgado y tambaleante, se cubría la cara con las manos. Entre los temblorosos dedos se vislumbraban heridas e hilillos de sangre.

Un rápido vistazo a su pecho le confirmó que en su propio uniforme gris colgaba otra plaquita que le identificaba como "Pedro Asensi". ¿Sería éste su nombre? El reflejo agudo de un filo le llamó desde una pata de la mesa cercana a él. Con nerviosismo, alzó la mirada para ver la firma que ataba la escena como un conjunto. Detrás del supuesto Marcelo, una amorfa mancha roja en la pared goteaba lentamente sobre el suelo, como un grifo sin cerrar. Su silueta desgarrada no recordaba a nada a primera vista, como si hubiese sido un garabato al azar.

-¿Qué... qué coño... qué ha pasado aquí...? -balbucéo. Lentamente, se agachó y estrechó los dedos alrededor del mango del cuchillo.

En cuanto notó la tranquilizante sensación de la madera entre sus dedos, la madera que significaba que podía arrebatarse una vida con un simple gesto, recobró la energía.

-¿Quién coño ha hecho esto? ¡Contestad!- ladró, agitando la hoja.

## Capítulo 2

### **-YO SOY EL QUE ABRE EL CAMINO.**

Un parpadeo y la jaqueca le atravesó la cabeza con tanta velocidad como la imagen de lo que pasaba a su alrededor. La voz que había escuchado era gutural y le resultaba desconocida.

Tres personas alrededor de una mesa. Tres mierdas, tres débiles, tres brazofideos en uniforme gris. A su derecha, uno especialmente flacucho y con los ojos saltones le miraba y en una placa en su pecho se leía "Asensi, Pedro. Centro penitenciario de rehabilitación psiquiátrica".

Justo delante, tras la mesa de comedor, otro uniformado se encorbaba tapándose la cara con unas manos enrojecidas. ¿Qué coño le pasaba, estaba llorando, o qué hostias? "Alberti, Marcelo", se leía en su placa. Y a la izquierda tenía a un tipejo con barba de tres días y ojeras como las de un cadáver que miraba confuso. Éste parece que respondía al nombre de "Llorens, Santiago".

Joder, y ahora que se fijaba, también había un cadáver, un cadáver de verdad. Un cadáver con otro tipo de uniforme, pero un puto fiambre en la mesa de madera. Se miró el pecho y vio otra placa igual que la de los tres mierdas, pero en la suya ponía "Herrero, Miquel". ¿Quién coño era? ¿Dónde cojones estaba?

-¿Qué... qué coño... qué ha pasado aquí...?- se le ocurrió balbucear a Asensi.

-¿Quién hostias sois vosotros? ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué me habeis hecho hijos de puta? ¿Queréis jugar conmigo? Pues os vais a arrepentir. Empezad a hablar antes de que me ponga nervioso- rugió él, varias octavas por debajo de la voz de Asensi.

La luz de una puesta de sol entraba por una puerta de PVC, tras la cual se veía un jardín bien cuidado. En la pared, una mancha desdibujada, de color rojo oscuro, goteaba lentamente. Se palpó la ropa, buscando alguna posesión, pero sólo notó el uniforme y su ropa interior. Detrás del tal Marcelo, una puerta lanzaba sombras de un pasillo. La lámpara del techo le intensificaba la puta jaqueca y quería que le respondiesen antes de empezar a soltar hostias.

Pero el mierdas de Asensi no sólo no le respondió sino que se agachó y al levantarse empuñaba un pincho que en un abrir y cerrar de ojos te podía dejar en el suelo licuándote, igual que el infeliz de la mesa. La visión

anaranjada del atardecer se le tiñó de rojo.

-iTú! ¡¿Qué haces con ese cuchillo?! ¡Bájalo ahora mismo si no quieres que te haga daño! ¡HE DICHO AHORA MISMO GILIPOLLAS!- le vociferó, con el ritmo cardíaco y el de sus palabras acelerándose a la par.

## Capítulo 3

Escuchó su propia voz, pero no era suya.

**-YO SOY EL QUE ABRE EL CAMINO.**

Respiración, a su alrededor. Un comedor. Afuera atardecía, con una leve luz anaranjada. Cuatro hombres. Tres de pie. Enfrente. A los lados. Monos grises con nombres en placas. Uno quieto, en la mesa. Uniforme. Muy quieto.

Los hombres de pie le miraban. Atónitos. El de uniforme, en la mesa. Quietos. Uno con ojos de insecto. Flacucho. Asensi. Estaba calculando. Balbuceó:

-¿Qué... qué coño... qué ha pasado aquí...?

Otro enorme. Herrero. Respondió a gritos, reverberando en las paredes.

-¿Quién hostias sois vosotros? ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué me habeis hecho hijos de puta? ¿Queréis jugar conmigo? Pues os vais a arrepentir. Empezad a hablar antes de que me ponga nervioso -simiesco. Infundía miedo. Lo sabía.

Un tercero parecía como pasmado, parpadeando. Como si no creyera lo que estaba viendo. Con barba de tres días y nerviosismo en la mirada. "Llorens, Santiago".

Asensi se agachó. Un cuchillo en sus manos. Herrero no tardó ni un segundo en reaccionar, en su cuello crecía y disminuían las venas rítmicamente:

-¡Tú! ¡¿Qué haces con ese cuchillo?! ¡Bájalo ahora mismo si no quieres que te haga daño! ¡HE DICHO AHORA MISMO GILIPOLLAS!

Marcelo miró a su alrededor. Un comedor. Una puerta. Una ventana. ¿Quién era? Su propia placa enseñaba un nombre... ¿familiar? "Marcelo, Alberti". Qué hacía ahí. Detrás suyo una mancha. Roja. Una figura. Se la habían enseñado. Antes, varias personas, a su alrededor, moviéndose, preguntándole y anotando cosas en un cuaderno. ¿Dónde?

Una sensación pegajosa en la cara. Una careta cubriéndosela. Caliente. Un bulto en la boca. Metió sus dedos. Sacó una lengua. No era suya. La tiró al suelo. Con las manos se despegó la careta, lentamente, con un sonido como el de un sorbido de sopa espesa. Piel. Recubierta por vetas de

sangre.

Intentó hablar. No podía. Silenció. Las palabras trabadas. ¿Mudo? ¿La lengua? ¿Era suya? No. La notaba. La suya. A duras penas surgieron sonidos:

-¿Yo?... Aquí... ¿qué? Recuerdos... recuerdos... no...- gesticuló hacia sí mismo.

Las sílabas atragantadas. Como carne. Seca. Como una lengua. Los ojos de mantis de Asensi. En su rostro. Le había visto quitarse. Esa careta. Piel.

-Qué... qué coño... no me jodas... -gimió Asensi. Bajó lentamente el cuchillo-. Mierda... oh mierda... ¿Qué coño has hecho, tío? ¿Dónde estamos? ¿Cómo hemos llegado aquí? ¡Qué nos has hecho!

-¿Quién? -le contestó Marcelo-. Yo preso... No, No aquí... Escapar -señaló los barrotes de la ventana.

Caminó hasta el cuerpo. Encima de la mesa. Boca abajo. Charco de sangre. Le dio la vuelta y observó un rostro en carne viva, una masa rojiza cuya piel había sido retirada. Recortada. Separada del cuerpo. Músculos y tejido al aire. Ojos sin párpados. Globos oculares. Mirando sin ver. Boca vacía. No había lengua.

Le registró. 12 balas en un bolsillo. Una cartera, con una tarjeta dentro.

"Alberto Fernández

Guardia de seguridad

Centro penal de rehabilitación psiquiátrica

Bétera

Ministerio de Interior".

Se guardó las balas y la cartera con un movimiento raro. Asensi volvió a hablarle.

-¿Qué guardas ahí? ¿Es del fiambre? -se mordía el labio inferior como si hiciese un esfuerzo por no vomitar.- Mierda, vámonos de aquí, tienes mucho que explicarme, pero no pienso quedarme para que nos detengan. ¡Vamos! -hizo un gesto impaciente con la mano, dirigido a los tres, pero en especial a él.

Asensi comenzó a caminar hacia la puerta, pero Herrero no tenía intención de seguirle. Con dos largas zancadas se plantó delante de Marcelo. Acercó su cara a la de él, con el ojo derecho medio cerrado haciendo compañía a la mirada adrenalínica del izquierdo.

-A ver, tú. Explícate. Pero explícate bien, en cristiano. Parece que sabes más que el resto de nosotros. ¿Entendido? -las palabras no eran una pregunta, sino casi una amenaza. Más de un centenar de kilos de músculo se cernían varios centímetros sobre Marcelo. Con dificultad, y entre un temblor en los labios, consiguió arrancar las palabras.

-Hijj... hijo ddd... de puta.

Herrero se abalanzó sobre él.

## Capítulo 4

Como una navaja, las palabras le atravesaron.

### **-YO SOY EL QUE ABRE EL CAMINO.**

Desorientado, miró a su alrededor. Estaba en el salón de una casa. Una luz vespertina cruzaba la puerta que daba al jardín, delimitando la silueta de tres hombres de pie delante suyo. Los tres vestían un uniforme gris y conversaban a voces, agitados.

Se miró a sí mismo y comprobó que tenía el mismo uniforme que los demás. "Llorens, Santiago". Nervioso, se palpó el cuerpo entre las voces de los tres desconocidos, que discutían, y parecía que tenían tan poca idea de lo que ocurría como él.

El breve instante de calma que siguió a la sensación del tacto metálico de un arma en su bolsillo se vio interrumpido por una mirada desconfiada del más grande de los tres hombres. La mole de dos metros, Herrero, se detuvo durante una centésima de segundo, escudriñándole. ¿Le había visto hacer el gesto? Intentó disimular. ¿Cómo se disimulaba esto? Miró hacia otro lado.

Sus ojos se detuvieron sobre el cuerpo tendido sobre la mesa. Vestía también un uniforme, diferente al de ellos, pero era obvio que estaba muerto. La discusión a voces se reanudó, y tantos gritos le impedían pensar. ¿Quién era? ¿Qué hacía ahí? El que recibía los gritos de Herrero tenía la cara surcada de sangre. Quizás una pregunta más importante era qué cojones hacía en una habitación con alguien repleto de sangre y un cadáver. El más pálido de los tres acompañantes pareció hacer un gesto y emprendió el camino fuera del salón. Herrero hizo caso omiso y se acercó a Marcelo, hasta que sus frentes casi tocaron.

-A ver, tú. Expílicate. Pero expílicate bien, en cristiano. Parece que sabes más que el resto de nosotros. ¿Entendido? -Llorens sabía que Herrero estaba preparado para el enfrentamiento físico. El sudor, las venas marcándosele en la sien. Pero no sabía cómo reaccionar. ¿Tenía balas en el arma? Y de todas formas ¿quería utilizarla? ¿No sería mejor ocultarla y usarla si de verdad estaba él en peligro? ¿Qué le importaba ese tal Marcelo? Asensi ya estaba en el pasillo.

Con una extraña mezcla de frialdad y dificultad para pronunciar, Marcelo consiguió a duras penas contestar a Herrero.

-Hijj... hijo ddd... de puta- escupió.

Herrero se le lanzó encima, y ambos rodaron por el suelo, tirando sillas y rompiendo una mesita de cristal que estaba junto a la pared. El estruendo de muebles rotos, maldiciones y aullidos de los dos hombres retumbó por toda la casa. Volcaron una estantería, vertiendo papeles y revistas antiguas. Aunque sin duda Herrero ganaba fuerza bruta y salvajismo a Marcelo, de alguna forma este último había conseguido reaccionar con destreza y evitar los golpes que el otro le lanzaba y que, sin duda, le hubieran dejado sin sentido.

Asensi asomó la cabeza dentro del salón, alarmado.

-¡Eh! ¡Eh! ¡Tranquilos coño! ¡Tenemos que largarnos de aquí! Si viene alguien y nos encuentra con el fiambre estamos jodidos. A mí me parece que nos la han jugado... ¡salgamos de una vez! -gritó entre el escándalo.

-¡Queréis estaros quietos, joder! ¡Ahora sí que estamos bien jodidos! -se le ocurrió gritar a Llorens, sin saber muy bien qué hacer ni como calmarlos.

Aunque parecía que ninguno de los dos hombres que se habían intentado reventar la cabeza había prestado el mínimo atención a las palabras de ninguno de ellos, Marcelo había conseguido escurrirse de la presa de Herrero y por un momento reinó la paz. El tartamudo miraba al gigante desde el otro lado de la mesa, jadeando y con una brecha de sangre en la frente. En sus manos tenía la pata de una silla que enarbolaba a modo de garrote.

Herrero tenía los ojos inyectados en sangre y aunque también respiraba pesadamente, casi se podría decir que la pelea le había animado.

- No sé quiénes sois vosotros y me importa una mierda. Ni siquiera recuerdo quién soy ni por qué estoy aquí. Me largo. No me fío de ninguno y menos del desgraciado éste -señaló a Marcelo- que parece que sabe más que el resto. Si alguien sabe algo que lo diga.

Volvió a mirar a Marcelo:

- Si te acercas a mi te mato. Y la mierda de palo que te has ocultado en la espalda no te servirá de nada. No me fío de tí -se giró entonces hacia Asensi y hacia Llorens-. Lo mismo va por vosotros. No me fío de ninguno. Y ni tu cuchillito ni el arma que tienes en los bolsillos impedirá que os mate si intentáis algo contra mí.

Con dos zancadas pasó junto a Asensi y salió al pasillo.

## Capítulo 5

Herrero salió al pasillo temblando de ira. Tenía ganas de aplastar la cabeza del mierda del mudo que se le había puesto delante. Le rodeaban puertas que supuso que darían a varias habitaciones, con unas escaleras a la planta superior en el medio del corredor. A su derecha, otra puerta de PVC y cristal similar a la que había dejado atrás en el comedor, permitía ver el jardín trasero de la casa. Con un gruñido, corrió hacia la misma y la embistió con el hombro derecho, rompiendo uno de sus cristales y desencajándola.

Puso los pies sobre la terraza trasera y miró alrededor. Una mesa de plástico, varias sillas y unos sillones de mimbre con cojines, y tras ellos, alrededor de 40 metros de césped con árboles rodeados de una verja. Una piscina desmontable y al fondo, un huerto y un cobertizo. Esto tenía pinta de ser una casa de campo de gente de pasta. El cielo emitía unos lánguidos rayos de sol, despidiéndose, pero en la lejanía se podían vaticinar nubarrones. Las verjas no parecían fáciles de escalar, y detrás de las mismas sólo se veía campo, así que antes de dar la vuelta a la casa decidió registrar el cobertizo por si encontraba algún arma.

Cuando lo alcanzó, comprobó que estaba cerrado y que unas cadenas oxidadas rodeaban sobre las asas de la puerta. No iba a dar la vuelta a la casa sin algo con lo que poder abrir la cabeza a quien se pudiese encontrar... o a Marcelo si se terciaba. Agarró las cadenas y emitió un sonido a medio camino entre gruñido y aullido mientras pegaba estirones de las mismas. Al cuarto tirón, uno de los eslabones se descuajeringó raspándole la mano, que empezó a sangrar.

Ignoró el dolor y abrió la puerta. Una bombilla pendía del techo. Tiró de la cadenita que oscilaba frente a sus narices y observó el cubículo de apenas cinco metros cuadrados, con estanterías repletas de fertilizantes, pesticidas, bolsas con tierra y herramientas. Se hizo con una azada y una lámpara de gas. Si iba a oscurecer, él iba a ser el pavo con luz y algo con lo que reventar cabezas. Se le escapó una risotada.

Salió del cobertizo y volvió a cruzar el jardín. El sol moría por el horizonte. Dio la vuelta a la casa y llegó al jardín delantero. Más abigarrado, menos césped, más palmeras. De la puerta de entrada de ella casa hasta la cancela, que estaba abierta, había un camino de piedra. Más allá de los muros que rodeaban el jardín poder delante, se atisbaban terrenos de huerta y algún descampado que comenzaba a sumirse en la penumbra, lo cual llamaba aún más la atención sobre una luz que provenía de atrás. Salió del jardín a una carretera asfaltada pero sin rayas que señalasen los carriles. ¿Cómo coño habían llegado hasta aquí? Esto no era una

urbanización, estaba a tomar por culo de cualquier sitio.

Apenas unas pocas farolas moteaban la carretera y ninguna de ellas estaba encendida, aunque no debía quedarles mucho. La luz que le había atraído fuera del jardín en realidad provenía de un coche azul que estaba a unos cincuenta metros de la puerta de la casa. Se hallaba parado en un lado de la calzada, inclinado a la izquierda, en un ángulo extraño y con los faros encendidos. Caminó hacia él, apretando los nudillos sobre la azada.

Cuando llegó cerca del vehículo se dio cuenta de que el Ford Fiesta tenía las ruedas de la izquierda hundidas en una acequia. No se oía ruido de tráfico cerca, y la poca luz solar que se extinguía le permitió ver que no había nadie dentro del coche. Se aproximó más y comprobó que el pestillo de la puerta del copiloto estaba abierto.

Abrió la puerta con la azada lista para destrozar el cráneo de cualquier listillo que le intentase dar un susto. Pero nada. La luz del techo del coche se encendió y comprobó que efectivamente, estaba vacío. Lo primero que hizo fue comprobar si las llaves estaban puestas, pero no hubo suerte. Rebuscó debajo de los asientos delanteros, pero ni rastro.

Al registrar los asientos de detrás, pudo comprobar que había manchas oscuras en la tapicería. Las palpó. Húmedas. Se llevó los dedos a la nariz. Sangre. Alguien había estado divirtiéndose aquí. ¿Había sido él? Igual habían llegado aquí en ese coche. Quizás algún mierda como esos que estaba en la casa se había pasado de listo en el coche y había tenido que explicarle algunas cosas.

Rebuscó en la guantera y encontró papeles del seguro a nombre de una tal Amparo González. Se los guardó en el bolsillo. Le dio al cierre centralizado para abrir todas las puertas, apagó las luces y salió del coche. Encendió la lámpara que había cogido del cobertizo para no perderse detalle. Al hacerlo su vista se detuvo sobre unos rastros que salían de la puerta del asiento trasero izquierdo al asfalto. A lo lejos, un perro solitario ladraba. ¿Habría alguna otra casa cerca? Dio la vuelta al coche y abrió el maletero.

Una imagen dantesca le golpeó. Apretadas dentro del maletero se hallaban los cadáveres de una mujer y una niña. Como si fueran muñecos, tenían las extremidades retorcidas para que los cuerpos encajaran en el espacio disponible. Ambas tenían sendos agujeros de bala en la cabeza, atravesándoles la cara. Los rostros desfigurados sólo mostraban parte de sus facciones, visiones de huesos y sangre. Aún más repulsivo era el hecho de que ambas tenían la ropa reducida a jirones, como si hubiera sido arrancada con violencia. Sólo les cubrían restos de ropa interior forzada que apenas tapaban sus genitales.

Se separó del coche, conteniendo el vómito. Tenía la ligera sensación de que no se acobardaba cuando tocaba aplastar a alguien, pero una mujer y una niña quizás era demasiado. La imagen le había cogido por sorpresa. Le costaba respirar. Empezó a caminar hacia la casa con el farol encendido.

## Capítulo 6

Cuando Miquel Herrero salió del comedor, Asensi respiró aliviado, aunque no mucho. No querría haberse visto obligado a apuñalarle, porque tenía pinta de ser capaz de aplastarle la cabeza aún sangrando como un cerdo en la matanza. La masa de músculos psicótica había decidido rondar por la casa, pero quedarse con el mudo que había decidido liarse a golpes con él tras quitarse una máscara de piel de cadáver de la cara tampoco le inspiraba mucha confianza. Marcelo, por su parte, se había sentado en el sofá. La pata de la silla se le escurrió de entre los dedos y hundió su cara entre las manos.

Fenomenal, el mudo se metía en su mundo. ¿Y el otro, Llorens? Se había sentado en una silla, pensativo. Los dos se habían quedado pasmados. ¿Qué era eso del arma que había mencionado Herrero que llevaba éste antes de salir? Entre la cara de yonki y la barba de tres días, no le extrañaría nada que ese colgado fuese armado. Recordó haber escuchado alguna vez que en las distancias cortas, un arma blanca era más peligrosa que un arma de fuego, pero la idea de liarse a cuchillazos gratuitos no le atraría mucho, sobre todo teniendo un fiambre ya sobre la mesa.

Un estruendo en la habitación de al lado le sacó de sus pensamientos. El puto loco de Herrero estaba destrozando la casa y armando escándalo, como si le diera igual que se enterasen los putos vecinos. De hecho ¿había vecinos? La puerta que daba a la terraza mostraba un jardín trasero, pero no se veían casas cerca.

Con cuatro pasos rápidos dejó a Marcelo y Llorens en el comedor y salió al pasillo, a su derecha, una puerta de PVC similar a la del comedor, colgaba desencajada del marco. Al parecer el animal de Herrero la había arrollado. Al ver la cocina a su derecha, se metió en ella sigilosamente. Era acogedora. El tic-tac de un reloj al lado de una ventana y el zumbido de una nevera eran lo único que cortaban el silencio. Eran las 7 y media de la tarde. Aturdido aún, abrió la nevera y cogió una lata de cerveza. La abrió y empezó a beber de forma ansiosa, sin ni siquiera cerrar la puerta. Delante suyo, unos envoltorios blancos atraparon su mirada. Tenían toda la pinta de paquetes de la carnicería, y la idea de unos filetes jugosos empezó a hacerle la boca agua. Estiró el brazo libre y empezó a revolver en la estantería de la nevera, buscando abrir los paquetes. Agarró uno de los filetes de uno y se lo llevó a la boca. El sabor de cerveza y carne cruda se mezcló con el pitido que indicaba que el refrigerador llevaba demasiado tiempo abierto. Pero tenía hambre, y ya se había tragado medio filete, masticando con dificultad. Con frenesí canino, cogió otro mientras con la boca sostenía la mitad que le quedaba.

Y entonces otro ruido cortó la calma de la casa. El zumbido musical de un teléfono le llegó desde el comedor, donde había dejado a Marcelo y a

Llorens. Y al cuerpo, claro. Se quedó tieso un instante, pero reaccionó con agilidad. Dio marcha atrás hacia el comedor y volvió a entrar. Los otros dos colgados estaban como los había dejado. Demasiado confundidos o drogados como para reaccionar, Marcelo estaba tumbado en el sofá tapándose la cara con las manos y Llorens con la mirada perdida, sentado en una silla. Ninguno había reaccionado ante el teléfono, pero entonces Marcelo se incorporó y empezó a hacer gestos a Llorens, señalándoselo. Con un bufido, Asensi tiró un bocado de filete que aún llevaba en la boca y se apresuró a cogerlo.

- ¿Hola? -la voz se le notaba nerviosa, pero ¿qué coño iba a hacer si estaba con dos... con tres locos en esa casa y un cadáver haciéndoles compañía? La voz de una mujer le contestó:

- ¿Amparo? Amparo ¿eres tú?

- No, se ha equivocado. Adiós -colgó el teléfono y dirigió una mirada a las dos setas humanas que había en la habitación.

- Creo que hay que largarse. YA -al pronunciar estas palabras, el teléfono volvió a sonar. La mirada de Asensi se dirigió a la mancha roja en la pared. La sustancia con la que se había trazado aún parecía fresca y seguía goteando sobre el suelo. ¿Cómo coño no se había resecado ya, si era sangre?

Y al parpadear, le pareció que se había movido. Lo podría haber jurado. Igual había sido un último rayo de luz que se colaba desde el jardín o un reflejo, pero habría puesto la mano en el fuego para asegurar que eso se había movido. Apuró la cerveza que llevaba en una mano y pegó un bocado al filete en la otra. Cuando se giraba a ver si los otros dos le iban a seguir o iban a hablar de una puta vez, un rugido animalesco a través de la puerta que daba al jardín los sobresaltó a los tres. Al fondo del césped, medio camuflado ya por la mortecina luz del sol que se ocultaba, pudieron ver la masa de Herrero forcejeando con la puerta de lo que parecía ser un cobertizo.

- Cr.. Cri.. Crimi-Nal. Ffff ff Fuera.... Ppp PeliGROso – balbuceó Marcelo, señalando al jardín.

- Sí, ya lo sé, joder -contestó Llorens.

Estaba claro que Herrero no estaba perdiendo el tiempo, así que Asensi se encaminó hacia la puerta:

- Vamos, joder.

Los otros dos le siguieron por fin. Se guardó con disimulo el medio filete que le quedaba y masticó lentamente, intentando no llamar la atención.

Marcelo le miró inquisitivamente:

- ¿Qqq Qué.. sssss Esc-conDES?

Asensi abrió otra puerta del pasillo, aparentando normalidad mientras registraba la casa. Un baño, nada llamativo. Se giró hacia Marcelo:

- Tranqui tío... no es nada... -sudoroso, temblando por los nervios, se llevó lentamente la mano al bolsillo, y sacó el filete crudo y mordisqueado- sólo es un filete, nada más. Venga, vamos a registrar esto y a desaparecer antes de que nos pillen.

Marcelo le sonrió con aprobación, el blanco de los dientes contrastando con su piel enrojecida por la sangre de la máscara de piel humana que había llevado hasta hacía poco. Pasó a su lado para entrar en el baño y cogió unas cuchillas de afeitar de la pila, como si fuera la cosa más normal del mundo.

El sonido de una voz les cogió por sorpresa, y Llorens se llevó la mano al bolsillo donde guardaba el arma de fuego. Provenía de detrás de una de las puertas del pasillo que aún no habían abierto. Asensi hizo un gesto de silencio con el dedo y se aproximó con cautela. ¿Había alguien en la casa? ¿Les estaba hablando a ellos? ¿Por qué coño no le habían escuchado antes?

Al poner la oreja sobre la puerta, respiró aliviado. Sonaba como un programa de televisión. Abrió la puerta y una pequeña sala de estar les recibió. Dos sillones y un sofá rodeaban una mesa baja, y en la esquina, un televisor encima de un mueblecito emitía imágenes. Las cortinas estaban corridas, pero se adivinaba que quedaba poca luz en el exterior ya. La noche se aproximaba.

Marcelo dio vueltas por la salita buscando alguna prenda de ropa que le pudiera servir. Asensi y Llorens prestaron atención a la tele, que en ese momento mostraba a una joven presentadora:

- Y continuamos con una noticia de última hora. Al parecer varias patrullas de la Guardia Civil se hallan buscando a cuatro reos fugados del Centro Penal de Rehabilitación Psiquiátrica de Bétera, después de hallar el minibús en el que estaban siendo transportados para un reconocimiento ante un panel psiquiátrico.

Asensi miró a Llorens. ¿Esto era una trampa? ¿Le habían secuestrado cuatro putos locos y le habían metido de cabeza en esta mierda? La mujer siguió hablando.

- El vehículo ha sido hallado hace apenas veinte minutos en la carretera CV-310 que va a València ciudad. Las causas del accidente todavía no han

sido desveladas, aunque el minibús parece que ha sufrido un siniestro total. Un equipo de rescate se ha desplazado al lugar del suceso por si hubiese algún superviviente entre los restos. La Guardia Civil avisa a los residentes de Bétera y poblaciones aledañas que se mantengan en sus casas y no salgan al exterior ahora que está anocheciendo a menos que sea estrictamente necesario. Los cuatro fugitivos son varones valencianos de mediana edad, vestidos con monos grises del Centro Penal de Rehabilitación Psiquiátrica de Bétera. Seguiremos informando a medida que nos lleguen más detalles.

A Asensi la cabeza le daba vueltas. ¿Le habían tendido una trampa cuatro enfermos mentales? No se acordaba de nada, pero tenía que ser la única explicación. ¿Qué tenía que ver él con un mudo con una máscara de piel humana y un zumbado con una pistola? ¿Y con el engendro que había desencajado una puerta? Él no podía ser otro puto loco de los que hablaban en la tele. Le habían metido en alguna historia rara. Algo sacado de una pesadilla o de una película americana. Igual el cuarto preso era el cadáver del comedor. Quizás lo habían matado y le habían puesto el uniforme, para meterle en su historia. Sudando a chorros, apretó la mano en el mango del cuchillo de su bolsillo. Marcelo emergió de detrás del sofa, sosteniendo un batín rosa enorme, de estar por casa. Se lo echó por encima de los hombros con una sonrisa de oreja a oreja, como contendo por poder taparse el mono gris con él.

¿Por qué le había tocado a él esto? No se creía una mierda de lo que decían el resto. Seguro que sí que se acordaban de todo, pero estaban siguiendo la paranoia, o intentando engañarle, haciendo como que también sufrían de amnesia. Pero es que él no se acordaba de una puta mierda ¿Y si sí estaba loco, pero no se acordaba? Los pensamientos acudían a velocidad de vértigo. ¿Cómo distingue uno si está cuerdo o no? No andaba poniéndose máscaras humanas, ni destrozando cosas, ni nada de eso. No tenía sangre en las manos de pintar la mancha en la pared. Igual era un preso normal y le habían mezclado con cuatro, con tres locos. Se giró y con disimulo, nerviosamente, mordisqueó algo del filete que llevaba en el bolsillo. ¿No le sonaba algo de locuras contagiosas? Algo le rondaba por la cabeza, la idea de que en un grupo de personas trastornadas la enfermedad se extiende e incluso las personas normales empiezan a perder la razón. Le dio otro bocado al filete.

## Capítulo 7

Herrero arrastraba los pies hacia la casa, temblando. Había estado a punto de aplastarle la cabeza a uno de esos mierdas dentro de la casa, pero esta imagen le había dejado sin respiración. Una mujer y una niña, muertas. Encajadas en el maletero, embutidas, las piernas en una posición antinatural. ¿Qué clase de animal había hecho eso?

La respiración, de normal pesada y ruidosa, era ahora entrecortada y apenas un hilillo. Sosteniendo el farol, llegó a alcanzar la verja principal de la casa, pero se derrumbó a sus pies. La visión de la noche, el silencio rural, todo se desvaneció.

Ahora era un niño pequeño, de apenas 12 años, en su casa. Sus padres adoptivos no estaban, quizás habían salido a cenar con amigos. Acostumbrado a sentirse capaz de imponer su voluntad ante cualquiera, de aplastarle la cara a quien le llevase la contraria, percibirse así le hacía sentir frágil. Pequeño, sin protección.

Frágil y oprimido. Seguía teniendo dificultad para respirar porque sobre su pecho se enrollaban unas cuerdas que lo sujetaban con fuerza a un sillón. Una máscara de algún tipo de material le restringía la visión. Y de alguna manera, sabía que detrás suyo estaba su hermana Helena. Su respiración, ésta rítmica y pesada, sonaba a su espalda.

- Miquel ¿qué es lo que más quieres en este mundo

Su pregunta le cogió por sorpresa, pero se apresuró a responder:

-No sé, hermana. Dímelo tú.

Helena dio pequeños pasos hasta entrar en su limitado campo de visión. No le veía ni la cara, pero sí que estaba enfundada en un corsé de cuero y entre las manos sostenía una fusta.

-¿Qué es lo que más amas en este mundo? -le volvió a preguntar, con una gélida voz. Antes de que pudiese contestar, su mano salió disparada, como un latigazo, y le cruzó la cara.

-A ti, hermana. ¡A ti! -Miquel notó el sabor de sangre en la boca mientras mascullaba la respuesta.

-Mal Miquel, muy mal.

De nuevo, otro golpe en la cara. Ésta vez con la fusta primero, y después la mano abierta. El miedo recorría cada fibra de Miquel y sin poder controlarse, comenzó a orinarse los pantalones. Sollozaba. Su hermana le

sujetó la cara con ambas manos, levantándole la vista. Todavía no podía verle la cara.

-Miquel ¿qué es el poder? -la voz de su hermana era sugerente.

Intentó darle algún tipo de respuesta, pero sólo podía sollozar. La cabeza le había empezado a doler y sentía el pecho atenazado. Ella continuó:

- El dolor, Miquel... el dolor...

Las palabras se le clavaron en el cerebro, junto a la imagen del torso enfundado en cuero de su hermana que se fue emborronando hasta convertirse en la imagen pintada en la pared que había visto al despertar. Y de nuevo, el fundido a negro al perder la conciencia.